

Estampas

Una tragedia de Ernest Toller

¿Ganaremos lectores para Toller?

— Colaboración directa —

Eugenio Hinkemann es el eunuco de la tragedia concebida por el genio creador de Ernest Toller. En unos despertará la piedad. En otros será la reflexión profunda. Hinkemann coge en nuestro pensamiento la senda que se interna. ¿Qué es el hombre sin sus órganos sexuales? Una atracción. Hinkemann llega al farol de la calle, se recuesta en él y al instante atrae a un ser desgraciado. Con él conversa, dialoga paternalmente, porque se trata de un niño de siete años. *Mi hermana tiene trece años. Mi hermana es bonita . . . Mi hermana tiene una habitación reservada . . . Y trece años, dice el niño al eunuco. Y cuando lo ve indiferente a las gracias de su hermana de trece años exclama: No adelanto nada hablando con usted . . . ¡Ay! . . . Usted es tan tonto . . . Usted no me entiende . . .* Este brevísimo diálogo es toda la tragedia. Hinkemann no entiende. Es una atracción engañosa. Sólo un niño podía expresar ese estado del hombre mutilado en su potencia sexual. Lo llama al lecho sobre el cual aguarda la lujuria de los primeros años. Él ha visto como hechizan los trece años de su hermana. Tras él han seguido todos los hombres a quienes ha contado el encanto de una habitación reservada. La criatura ha de ser hermosa y su sangre hirviente debe enloquecer al hombre que la posea. Sin embargo Hinkemann, el mozo que se apoya en el farol de la calle, le ofrece buñuelos y le pregunta si tiene hambre. ¡Ah! Hinkemann no entiende. El niño lo ha visto.

¿Cómo va a entender el eunuco los goces de la carne? Hinkemann es un mutilado de la guerra y perdió esta potencia corporal que da estructura varonil a la vida. Toller no ha hecho de su criatura una deformidad horrible. Le ha infundido majestad. Cuenta su tragedia con un sentido superior de comprensión. Oigámosla: "No era un hombre de relieve . . . Uno de tantos obreros que luchan . . . Se casó a los veinte años . . . Ella, delicada, tierna . . . Él, un hombrón, orgulloso de su fuerza . . . Estalló la guerra . . . Fue incorporado a un regimiento de infantería . . . Como es natural, amaba a su mujer . . . Pensaba en ella a todas horas . . . Y, de pronto, tuvo un deseo vehemente . . . Quiso tener un hijo . . . En una batalla fue herido. El corazón se le llenó de felicidad . . . Pensó que así volvería a su casa . . . Despertó en el Hospital . . . Se tendió el cuerpo . . . Un vendaje le sujetaba el vientre . . . Oyó una voz: "Nuestro eunuco se acaba de despertar. ¿Qué cara pondrá cuando se entere . . . ?" . . . ¿Por qué me llamas eunuco?" . . . Cerró los ojos rápidamente . . . Como el que quiere no ver algo que le desagrada profundamente . . . Aquella noche no durmió . . . Supo la verdad



al día siguiente . . . Y gritó . . . Gritó con todas sus fuerzas . . . Como un jabalí herido . . . Noto de pronto, que su voz se atiplaba . . . Se calló . . . Quiso pensar en su mujer . . . Pero no pudo . . . Quiso ahorcarse . . . Le faltó valor . . .

Pero si Hinkemann no entiende lo que significan las llamadas de la carne de mujer lujuriosa, sí tiene una sabiduría para ver la vida. No podía Toller poblar su tragedia con una ruina humana. Hinkemann sabe ver cosas terribles. No podrá concebir un sér. Mas, penetra en el alma de aquellos que los hombres conciben y los vé en la realidad más tremenda. "Es terrible—exclama—cuando se ve, cuando se ven las almas de los hombres: ¿Sabes lo que son las almas? Una es un pedazo de tocino. Otra, una máquina. Otra, un casco de acero." Será mayor la tragedia de Hinkemann llena de visión, de ese poder tan grande para sorprender el verdadero estado del alma humana. Sin embargo, la majestad de que Toller lo animó es una majestad tempestuosa. Un hombre que ha perdido en una batalla sangrienta sus órganos sexuales, no queda muerto para la vida. Al contrario, la vida recibe la influencia de un ser diferente que aspira a encontrar en ella un significado que nunca logramos sorprender. Alguien dirá que el eunuco que divierte a las gentes con su número asqueroso de las ratas a las cuales les muerde la garganta para que chorree por su boca la sangre, no puede gozar de superioridad ninguna. Recordemos que Hinkemann ama a Grete, su mujer. Y la ama, porque ella no le despreciaba, porque ella no le odiaba, conociéndolo mutilado y enfermo. Su mujer amaba su alma. Entonces Hinkemann hizo por ella todos los sacrificios, hasta el más grande de los sacrificios, derramar sangre de animales vivos. Necesitaba dinero y

contratándose para aquel espectáculo humillante, lo tenía. El dinero sería para sostener su hogar y dentro de él a Grete, la mujer que le ofrecía un poco de amor. Si hubiera descendido en su condición varonil habría regresado al lado de su compañera, indiferente, estúpido. Se habría arrimado a ella como el matapalo. La habría dejado prostituirse.

Y como vive Hinkemann noblemente, en igual sentimiento quiere hacer vivir a su esposa. Cuando Grete mata la aspiración de aquel ser mutilado, él se muestra grande, fuerte, profundamente comprensivo. "Y por ello—le dice—debes morir . . . No porque te hayas ido con otros . . . Este era tu derecho . . . No porque me hayas engañado . . . No . . . Tú debes morir porque te has reído de mí, de mi desgracia . . . Una mujer tiene derecho a estrangular a su hijo y nadie tiene derecho a arrojarle una sola piedra . . . Pero si despés se riera de que al niño le cuelga la lengua, húmeda y larga, de la boca, merece ser torturada hasta el fin de los siglos . . ." La desprecia, la deja ir al sacrificio, a la muerte. Había roto un mundo que él sentía poblado de cosas delicadas. El eunuco vivía para el espíritu y pensó que también su mujer podía apaciguar el cuerpo y seguirlo.

¿Quiénes pedirán la tragedia de Ernest Toller y la leerán, buscando motivos de reflexión? Es una tragedia que perdurará. Hinkemann ha sido creado por el genio de Toller con un poder tan grande como el que animó a Ibsen, o a Strindberg. Toller conquista su puesto de gloria. Es un agitador de conciencias que quiere infundirles grandes alientos. La guerra no lo hizo un cronista, sino un creador. Hinkemann debe haber sido una de las millares de unidades paralizadas por las balas de las batallas. La vió crecer en el espantoso dolor y la estampó en la tragedia formidable. Pero antes se reveló contra la guerra y dijo con valor su pensamiento. La cárcel se abrió para él como castigo a su osadía. Y sin poderlo arrebañar tuvo que dejarlo volver a la vida de libertad. En ella se mueve lleno de una original visión. Lo recordamos cuando irrespetó el santuario de Henry Ford, la fábrica de automóviles en Detroit, y después de visitarlo y observarlo, informó al mundo lo que había visto. Alguna revista norteamericana quiso recordar a los que hicieran motivo de reflexión el artículo de Toller, que el escritor era un expresidiario. Sí, el expresidiario de las cárceles alemanas que tampoco toleraban la no sumisión a la guerra. Precisamente porque se le acusaba de haber sido presidiario, fue que nos despertó una sincera curiosidad la vida de este joven escritor. Queríamos leerlo